

Otra de las reglas, de la que Alicia no se dió cuenta, era que siempre caían de cabeza; el combate finalizó cuando ambos cayeron en esta forma, uno junto al otro. Ya de pie, diéronse la mano; entonces el caballero rojo montó a caballo y alejóse al galope.

—¡Fué una gloriosa victoria! ¿No es cierto? — dijo a Alicia el caballero blanco que jadeaba.

—Yo no sé — repuso la niña en tono de duda —; además no necesito ser la prisionera de nadie. Lo que yo deseo es ser reina.

—Precisamente, eso ocurrirá cuando hayas cruzado el próximo arroyo — prometióle el caballero blanco —. Debo conducirte sana y salva al otro extremo del bosque..., y luego retrocederé, ¿sabes? Ese es el objeto de mi movimiento.

—Muchas gracias. ¿Puedo ayudarte a que te saques el yelmo?

Era evidente que no lo habría hecho por sí solo, de modo que Alicia lo ayudó como pudo, y por fin lo libró de él.

—¡Ahora respiro! — suspiró el caballero, y se echó atrás el enmarañado cabello, después volvió hacia Alicia su gentil rostro y sus dulces ojos azules. La niña pensó que en su vida había visto un soldado tan extravagante.

Iba vestido con una armadura de hojalata que, al parecer, lo molestaba bastante; cruzado sobre la espalda llevaba un estuche de estructura rarísima, puesto al revés y con la tapa colgando. Alicia lo contemplaba con curiosidad.

—Advierto tu asombro al ver mi estuche — dijo el caballero, muy amable —. Es un invento mío para guardar la ropa y los emparedados. Lo pongo al revés, como habrás visto, por la lluvia, así no entra el agua.

—Pero los objetos se pueden caer — observó Alicia,

también muy amable —. ¿Sabes?

—No lo sabía — dijo el caballero —. Mi disgusto cruzó por su rostro —. Yo también habré caído. Y sin nada adentro, es totalmente inútil. ¿Para qué sirve el tiempo que lo desataba; luego me enfrento contra la maleza, pero una idea me vino, y, con mucho cuidado, lo conseguí. ¿Adivinas por qué lo hago? —

Alicia dijo que no con la cabeza.

—Pues para ver si las abejas encuentran la miel. Después recogeré la miel.

—¿Pero eso que llevas atado a la espalda es una colmena, o algo que se le parece?

—Sí, es una colmena auténtica. Estoy con aire despreocupado —. Yo sé que a una triste abeja se le ha ocurrido ir a la ratonera. Lo otro es una ratonera. Y de los ratones ahuyentan a las abejas. ¡Vaya uno a saber!

—Precisamente, me preguntabas por esa ratonera. No creo que sea encima de los caballos.

—Quizá no sea probable, pero me gusta verlos corriendo de aquí para allá. Previendo todo — prosiguió —. Tan previsora soy, que hasta llevo billeras en las cuatro patas.

—¿Y para qué son? — preguntó Alicia.

—Para que no lo muerdan. Es un invento mío. Ahora ayúdame a cruzar el extremo del bosque...

—¿Y esta bandeja, para qué la llevas? — preguntó Alicia, que, muy curiosa, examinaba la bandeja.